

**PRESENTACIÓN DEL CARTEL
“NAZARENO DEL PASO”
obra del artista Eugenio Chicano**

a cargo de
Pedro Enrique Alarcón Ramírez

ATENEO DE MÁLAGA
21 de febrero de 2019

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la
Pontificia y Real Archicofradía
del Dulce Nombre de Jesús Nazareno del Paso
y María Santísima de la Esperanza

Amigos y amigas, hermanos y hermanas aquí presentes:

No puedo menos que comenzar esta presentación agradeciendo esta oportunidad a vosotros, mis hermanos, por la confianza depositada en mí. Es de nuevo un honor, como en otras ocasiones que guardo en mi corazón, que me hayáis confiado este momento sin duda tan especial para la Archicofradía. No en vano, aquí se entrecruzan mis grandes pasiones, la que me anuda para siempre en la Basílica de mis devociones, y la que me anima en mi vocación comprometida con el arte contemporáneo, especialmente de ese que se origina en mi ciudad. No hace tanto me reunía con vosotros en las dependencias de nuestra Hermandad para compartir mi interpretación del histórico trono procesional del Nazareno del Paso, una creación paradigmática, y algunos años más del día en que tuve la oportunidad de hablaros de otra preciosa incorporación a las artes suntuarias con el entonces estreno de la saya para la Santísima Virgen de la Esperanza.

Se me hace inevitable pensar en mi padre, esperancista de alma y corazón, quién en esta y aquellas ocasiones habría disfrutado y sentido un profundo orgullo. A su memoria van dedicadas, siempre, estas palabras; y a vosotros, os reitero, mil gracias.

NAZARENO DEL PASO clama este grito en la pared, el grito en una esquina que debe ser entendido de forma eficiente, en un vistazo rápido, en un parpadeo, pues qué poco nos deja a la contemplación la vida contemporánea. Qué difícil provocar la emoción -quizá llamar a la devoción- en un mundo en que a duras penas levantamos la vista de nuestras pantallas táctiles, en que nos desplazamos como autómatas y donde apenas reparamos ya en la mirada del otro, en la luz de la tarde o los sonidos de la calle. El mundo se ha reinventado vertiginosamente y qué poco efecto tienen ya los carteles de papel en los escaparates del centro, e incluso, qué poco sitio acaban encontrando esos carteles en ese paisaje nuevo y desconocido que nos han legado. Suena nostálgico hablar de aquellas cuaresmas en que los carteles de papel eran parte muy responsable del aroma y la atmósfera de lo que estaba por llegar, como algo que sinestésicamente remedaba al incienso o el azahar.

Ahora nos toparemos con un cartel en la superficie brillante de nuestro teléfono, quizá desliziéndose unas décimas de segundo en los timelines de nuestras redes sociales, donde le dediquemos vagamente un doble click, un *me gusta* sin entusiasmo; probablemente nos enzarcemos, sin embargo, en una de esas polémicas bizantinas en las que todo el mundo sabe de composición y de lenguaje gráfico, y de las que apenas queda poco más que la misma polémica. En ese panorama desapasionado y algo marchito, el cartel se pregunta a sí mismo por su conveniencia, por su relevancia y su utilidad. Y es por todo esto que el cartel necesita de una vocación nueva, una que le haga absolutamente capaz de despertar algo, algo grande.

Curiosamente, no surge este cartel como la mayoría de ellos, a partir de un encargo. Es de la propia voluntad del artista, Don Eugenio Chicano, de donde nace. Una promesa al Nazareno del Paso hoy cumplida aquí felizmente y que no viene a anunciarnos efemérides concreta, aniversario ninguno o convocatoria en particular. Se trata de un cartel de lo evidente, que le dice a la calle -la cual seguirá muy seguramente ensimismada en su música consumista y sus fiebres de lo nuevo y lo efímero-: NAZARENO DEL PASO.

Y no es poca cosa decirle eso a la calle. Pues a estas benditas calles de nuestra Málaga hay que estar constantemente recordándoles las cosas, desmemoriadas aceras de la milenaria ciudad. La ciudad indolente, la ciudad desmemoriada, la ciudad despreocupada que vive al límite y se deja arrastrar por modas pasajeras, que ve hundirse sus tesoros arquitectónicos y apenas enjuga una lágrima por lo que perdió. Imagino que recordaréis como yo que hace diez años nos reuníamos en torno al cuarto centenario de la primera representación del Paso en la Plaza de las Cuatro Calles, un acto que sobrevivió a los siglos y perduró entre nosotros y que, significativamente menguado, quedó residualmente en el solemnísimo acto de Bendición del Nazareno al pueblo de Málaga. Es ahora, cuatrocientos diez años después, que asistiremos al sinsentido de la desaparición de este acto tal y como lo

han conocido varias generaciones, un acto que se había aquilatado como verdadera joya del patrimonio cultural inmaterial de nuestra ciudad. Quizá este año, más que nunca, haya que poner ese grito en la pared: NAZARENO DEL PASO.

Se dan en el haber de nuestro querido Eugenio Chicano unos doscientos ochenta carteles, muchísimos de ellos cofrades y otros muchos dedicados a otras de nuestras tradiciones. Y en todos ellos hay una conciencia absoluta de contemporaneidad, del mundo que leerá e interpretará su cartel; escribiendo estas páginas me venía una y otra vez la imagen recurrente de aquel maravilloso cartel de la feria del 87, la del quinto centenario, que me pilló adolescente y que fue mi primer encontronazo con la obra del pintor. Allí colisionaban cinco siglos desde los Reyes Católicos hasta esa personificación de la ciudad encarnada en una mujer de perfil airoso y que resultaba clavada a Jacqueline Picasso, la última esposa del artista universal, fallecida un año antes de aquel cartel. Eugenio Chicano consiguió enganchar para siempre la mirada de muchos malagueños, hasta el punto de convertirse en una suerte de heraldo, y de su generosidad poco habría que añadir habida cuenta de la ingente producción dedicada a sus cofradías, sus paisajes, sus cantes y sus fiestas.

Eugenio Chicano ha abordado la resolución de este cartel con la premisa bien conocida de renunciar a todo lo accesorio e ir definitivamente a lo esencial. Evidentemente, hay en esas maneras también una convencida aprehensión de las claves en que nos hablaba Mariano Benlliure desde su imagen del Nazareno del Paso. Al igual que el escultor de origen valenciano, Chicano se decanta por quedarse con un lenguaje de mínimos que es, efectivamente, locuaz y directo. Recordemos que la Cofradía y la propia ciudad, perdido para siempre el amor de sus amores, el bautizado como “El Moreno” por la sabiduría popular, habría deseado en primera instancia un simulacro de lo perdido, una especie de resurrección del icono barroco peinado con tirabuzones y revestido de chorreras y túnicas de cola. Sin embargo, recurriendo a Benlliure, el nuevo Nazareno sería una imagen totalmente insubordinada a los moldes tradicionales y a los gustos de las cofradías, como nos recuerda Juan Antonio Sánchez López en *El alma de la madera*. El testimonio del mismo artífice nos habla de su desapego por lo arqueológico, al reclamar para la obra “una escultura de su imaginación”. Quizá sin saberlo, Benlliure estaba acuñando una apuesta por la renovación de las formas en un contexto como el de las cofradías de entonces que, como las de ahora, suelen preferir relecturas consabidas y recurrentes del barroco, a veces en un ejercicio superficial. El resultado fue un nuevo Nazareno, una visión espiritualizada de gran audacia compositiva, y de marcado aire atemporal. Un Nazareno del Paso que se erigió, probablemente para siempre, en un icono de referencia, asumido con rotundidad por el pueblo.

Permitidme que acuda de nuevo a las acertadas consideraciones de Sánchez López acerca de cómo Benlliure acometió la génesis del Nazareno, desde el presupuesto *de estudio de HOMBRE, dueño de toda su plenitud física y mental, cuya perfección*

universal, ajena a todo dolor, participa de las preocupaciones humanísticas que se habían formulado en el Renacimiento. Ante la portentosa efigie del Dulce Nombre de Jesús Nazareno del Paso sentimos esa inquietante zozobra que nos sitúa ante Jesús, Dios mismo, pero también hombre.

Fijaos ahora en el cartel, en esa leyenda sencilla y desprovista de alharacas, en esas tres palabras que sólo pueden traducirse en Málaga, pues no serían entendidas de la misma forma en otro lugar: NAZARENO DEL PASO. Hay algo que titubea en esas letras, un palpitante temblor entre mayúscula y minúscula con el que, de nuevo, albergamos el deseo de resolución del Misterio. Dios y Hombre, Hombre y Dios.

Para esa leyenda de tres palabras, escritas en el pecho de nuestro Nazareno, Eugenio Chicano recurre a una fuente tipográfica que fuera diseñada en 1925 por Herbert Bayer, profesor de la famosa escuela Bauhaus en Dessau, Alemania, quien deseaba encontrar en las formas geométricas y limpias de adorno una tipografía Universal. Aquel diseño, recuperado hoy felizmente para el uso digital, buscaba la funcionalidad en la eliminación de elementos superfluos y trataba de llevarnos a una apariencia elemental. El diseño final de las fuentes, que evitaban cualquier reminiscencia caligráfica, reflejaba el espíritu de su época, y nos resulta completamente vigente a día de hoy, a tenor del cartel que tenemos la suerte de contemplar. Su pulcritud en torno a las formas geométricas esenciales, el cuadrado, el triángulo y el círculo, nos siguen llevando mediante un lenguaje honesto a una claridad elocuente.

Y es en esa claridad donde hallamos también la contundencia. Mirad el cuadro, que se compone a partir de apenas cuatro colores, todos ellos muy próximos en cuanto a luminosidad; para que me entendáis, fijaos en cómo el pintor ha renunciado a contrastes muy pronunciados, a cromatismos histriónicos, y nos ha revelado la imagen con una austeridad que es tradición en la pintura española.

Si tuviésemos que decidirnos por una fase crucial en el trabajo de Eugenio Chicano al respecto de esta y otras pinturas icónicas, sus carteles en torno a sagrados titulares de la Semana Santa, está clarísimo que nos detendremos en ese momento previo al propio lienzo, muy a pesar de la imagen estereotipada que tenemos del hecho pictórico. Y lo haremos porque en este persistente pop de Chicano, como en todo el pop genuino de los norteamericanos, la pintura se da precisamente antes de la propia pintura, valga la paradoja. El propio Warhol ya se encontró en la diatriba de alejarse precisamente de todo aquello que le vinculase al expresionismo abstracto, que es lo mismo que decir el “gesto pictórico”, y que era el contexto natural en que el pop se desarrolló y del que tenía necesariamente que tomar distancia si quería ser tomado en cuenta. Toda la cocina pictórica, por así decirlo, se encuentra en un territorio de planificación de la imagen que elude cualquier atisbo de gestualidad; nos referimos entonces a un entorno estudiado, meticulosamente trabajado, por el que el pintor llega a una cuatricromía severa de cualidades casi ásperas. La paleta se ha reducido

hasta quedarse agazapada en una especie de umbral mínimo que parece balancearse entre los tonos neutros y cetrinos, resultando en una armonía queda y discreta.

¿Acaso no reconocéis entre esos ocre y verdes apagados las tonalidades severas de la piel del Nazareno? Al igual que Benlliure renunció a las carnaciones y los frescores del barroco más castizo, yéndose a la plasmación de un hombre de rasgos hebraicos, Chicano se acoge a ese cromatismo seco para su cartel, eludiendo los fáciles clichés de vocación efectista y apostando por la autenticidad.

Consideremos el fondo como un elemento de anclaje de toda la composición, como una especie de baremo de referencia sobre el que se articulan los demás elementos. A pesar de tratarse de un plano de color absolutamente terso y sin matices, reacciona frente a otros colores que lo delimitan visualmente y parece púrpura en la zona inferior del cuadro, donde se ve jalonado por los brillos de la túnica y recibe la influencia de un rosa violáceo mediante la inclusión de la fuente tipográfica. El morado de fondo, punto de partida para los demás tonos, es el morado del terciopelo de nuestros nazarenos del Jueves Santo, y parece cambiar, igual que aquel, allí donde se encuentra con el verde, con el ocre o con el blanco.

Ese fondo morado es, por tanto, también parte de la figura, pues resuelve sus sombras desde ahí también, en lo que intuimos un complejo proceso de simplificación que el artista muy seguramente aborda desde su profundo conocimiento de la herramienta digital, desde donde parte solarizando la imagen que ha tomado como referencia. Como en aquellas warholianas serigrafías de los años 60, la imagen se reduce a un binomio de sombra y luz en el que va prescindiendo del detalle hasta el límite en que el icono sigue siendo reconocible por todos, y retoca el original hasta decidir el contorno preciso de las formas que luego se van a traducir a varias tintas.

Me detengo aquí para preguntaros ¿Recordáis la primera vez en que el Nazareno del Paso sirvió de modelo central para el cartel de nuestra Semana Santa? Fue en el año 1958, obra del veterano Luis Ramos Rosas, quien se ocupó varias veces de esa misión. Aquél cartel ya era Pop en estado puro, y presentaba al Señor en una dulce economía de medios y un atinado equilibrio de las tintas planas. Qué bien funcionan en este rostro, el del Nazareno, esos matices sencillos y en oposición de contrarios. Cuánto hay de acierto en el escultor otorgándonos esos volúmenes resueltos con limpieza.

Aquí llega entonces el trabajo de Chicano sobre el lienzo, que comienza con un dibujo de campos delimitados que podrían acercarse mucho a una representación topográfica, y para el que precisa después de un finísimo trabajo a pincel para la aplicación del color, que resuelve desde un conocimiento absoluto del comportamiento del acrílico sobre la tela, pues necesita de texturas opacadas que funcionen en ese orden de contundencia del que hemos hablado hace un momento.

En aras de la búsqueda del icono singular, ha preferido un ángulo menos conocido de la efigie, su perfil izquierdo, que es el que normalmente percibimos semioculto por el madero y la mano que lo sostiene. Es el lado que habitualmente nos queda velado y aquí se nos exhibe desnudo. La desnudez de nuevo. ¿Habéis echado de menos la soga que habitualmente rodea el cuello del Nazareno y acaba estrechándose como cíngulo en torno a su cintura? Seguramente no. Tal es la fortaleza del icono, tal es la templanza con que se nos muestra.

No apartéis la vista del cartel; ahí está el Nazareno de la túnica morada sin bordados, el de la cruz plana, el de los cabellos húmedos levemente adheridos al rostro, suavemente iluminado por un destello de luna. ¿Quién no podría amarrarse para siempre a ese soneto de la noche más hermosa de Málaga, sintiendo esa serenidad en su interior? Recordando lo que obra el Nazareno en nosotros...

Va poniendo en las almas luz y mieles,
mieles y luz que del dolor son freno.